



Octavio Paz: una revisión crítica

A veinticinco años de su muerte, la figura de Paz sigue despertando entre nosotros acaloradas discusiones, a veces motivadas por el rigor y otras por el prejuicio. Con estricto apego a su obra, dos estudiosos ponen sobre la mesa la relación que el nobel mexicano tuvo con el feminismo y la personal lectura que hizo de sor Juana.

Octavio Paz y las ideas feministas

por **Maarten van Delden**

En el “Apéndice” a *El laberinto de la soledad*, cuya primera edición apareció en 1950, Octavio Paz cita de forma aprobatoria a la pensadora francesa Simone de Beauvoir, quien el año anterior acababa de publicar su libro pionero en el campo de la teoría feminista, *Le deuxième sexe*. En la sección donde alude a De Beauvoir, Paz se acerca al tema del amor en el mundo moderno y afirma que “en nuestro mundo el amor es una experiencia casi inaccesible”. ¿A qué se debe esta imposibilidad —o casi imposibilidad— del amor? ¿Por qué el amor no florece en el mundo moderno? Según el autor, la culpa de que el amor haya quedado expulsado del mundo moderno la tienen los hombres y la sociedad que han edificado. En vez de tratar a las mujeres a quienes aman como personas libres y autónomas, los hombres las han convertido en “objetos” o “instrumentos”. La sociedad masculinista ha impuesto una definición de la

mujer que la ha alejado de sus verdaderos deseos y sus más profundas necesidades, es decir, le ha negado su libertad.

“La mujer —explica Paz— vive presa de la imagen que la sociedad masculina le impone.” En vez de vivir su vida de acuerdo con sus propias preferencias y decisiones, la mujer se ve obligada a ajustarse a “una imagen que le ha sido dictada por familia, clase, escuela, amigas, religión y amante”. Según el autor de *El laberinto de la soledad*, la sociedad restringe a la mujer a una serie de roles estereotipados. Para respaldar esta lectura de la situación de la mujer en la época contemporánea y profundizar en el tema del amor, Paz recurre al pensamiento de la autora de *Le deuxième sexe*. “La mujer —señala el ensayista mexicano— es ídolo, diosa, madre, hechicera o musa, según muestra Simone de Beauvoir, pero jamás puede ser ella misma.” Y sin poder ser ella misma, sin disfrutar de su autonomía como persona, la mujer no puede participar en un amor auténtico, ya que este amor, como explica el autor de *El laberinto de la soledad*, depende de una “libre elección”. Sin verdadera libertad, no hay amor posible.

Aunque Paz cita solo una vez a De Beauvoir en *El laberinto de la soledad*, las ideas de la pensadora francesa están presentes en numerosos lugares de su influyente libro sobre la identidad mexicana. En el segundo capítulo, es decir: mucho antes que la alusión a De Beauvoir, Paz propone reflexiones que tienen que leerse a la luz del

pensamiento de la ilustre feminista francesa. Cuando afirma que “prostituta, diosa, gran señora, amante, la mujer transmite o conserva, pero no crea, los valores y energías que le confían la naturaleza o la sociedad”, está haciendo eco de las ideas de De Beauvoir sobre la forma en que la sociedad define a la mujer y le quita su libertad. Esta misma perspectiva constituye el trasfondo de otras observaciones de Paz sobre las mujeres mexicanas, como la idea de que “no tienen deseos propios” o que la feminidad “nunca es un fin en sí mismo, como es la hombría”. Y ¿qué pensar de su aseveración de que, en “un mundo hecho a la imagen de los hombres, la mujer es solo un reflejo de la voluntad y querer masculinos”? Desde una perspectiva beauvoiriana, Paz habla sobre cómo los hombres moldean la realidad, no sobre la realidad en sí.

Numerosos lectores han cometido el error de leer los pasajes sobre la mujer mexicana en *El laberinto de la soledad* como si reflejaran la opinión del autor, cuando, en realidad, lo que Paz se propone es explicar la visión estereotipada y opresiva en torno a la mujer que circula en la cultura de su época. El autor no busca definir lo femenino, sino definir la definición de lo femenino. Para alertar al lector sobre esta distinción Paz emplea distintos recursos. Hay varios momentos en el texto en los que señala explícitamente que la imagen que la sociedad ha construido de las mujeres no es producto del consentimiento sino de la imposición. Otra estrategia es la de poner palabras claves en la definición de la mujer, como “decente”, “sufrida” y “rajada”, entre comillas, para mostrar un distanciamiento con respecto a las ideas que expresan. Pero, por encima de todo, está la presencia de De Beauvoir en el libro. Cuando la autora francesa comenta el mito de la mujer en la cultura occidental, ningún lector pensará que su intención es la de propagar el mito. Al contrario, De Beauvoir quiere que entendamos que el mito distorsiona la realidad y les quita su libertad a las mujeres. Al citar a De Beauvoir en el “Apéndice” de su obra, Paz nos da una importante pista: tenemos que acercarnos a *El laberinto de la soledad* desde una perspectiva beauvoiriana y, por tanto, no es que hable de mujeres reales o de imágenes deseables de la mujer, sino que su intención es abordar el mito de la mujer mexicana.

Hay otra parte de la indagación de Paz sobre el papel de la mujer en la cultura mexicana donde igualmente se observa la presencia del pensamiento de De Beauvoir. Después de su repaso de la definición de la mujer en el México contemporáneo, Paz explora la percepción que se tiene de dos figuras míticas de la cultura mexicana: la Virgen de Guadalupe y la Malinche. Me limitaré aquí a comentar brevemente la lectura que ofrece el poeta mexicano de la figura de quien fuera la amante e intérprete de Hernán Cortés durante la Conquista de México. Es fundamental comprender que, en esta parte de su texto, Paz analiza la imagen que, sobre la Malinche, circula en la cultura

mexicana contemporánea; no está escribiendo la biografía de la Malinche, ni busca explicar quién fue en realidad. Le interesa el símbolo edificado por la posteridad, no los hechos de su vida.

Para acercarse a este símbolo, Paz adopta una perspectiva freudiana, dibujando una especie de romance familiar en el que participan el mexicano moderno y sus padres simbólicos. (Obviamente, hay una limitación en la perspectiva del autor en la medida en que el mexicano al que se refiere es un varón, por lo cual excluye un rol activo de la mujer mexicana moderna en la constitución de la identidad nacional.) ¿Y quiénes son estos padres simbólicos? De acuerdo con Paz, el lugar mítico del padre lo ocupa Cortés, mientras que el de la madre lo ocupa la Malinche. De nuevo, lo que le interesa a Paz es adentrarse en el imaginario mexicano, es decir, comprender lo que Cortés y la Malinche, personajes claves de la historia del país, representan en el pensamiento de los mexicanos modernos. Su propósito no es explicar quiénes fueron en realidad, y cuando se centra en este punto lo hace para llamar la atención sobre la distancia que existe entre la realidad y su interpretación simbólica.

Según el esquema que propone Paz, la psicología del mexicano toma forma a partir de la relación que establece con la figura mítica del padre (Cortés) por un lado y la madre (la Malinche) por otro. Lo peculiar de esta relación está en su desviación con respecto al modelo psicoanalítico, ya que, de acuerdo a Paz, el hijo mexicano afirma al padre y rechaza a la madre. Esto supone un desplazamiento en comparación con el modelo clásico del complejo de Edipo, según el cual el hijo quiere matar a su padre y acostarse con su madre. ¿Y por qué el mexicano denigra a su madre en vez de amarla? La denigra en primer lugar porque la madre ha sido violada por el conquistador español y en segundo lugar porque se alía con él en la Conquista. Es decir, el simbólico hijo mexicano repudia a la madre por haber sido victimizada. Y después la denuncia por su alianza con su victimario. De este modo, la Malinche se convierte en el chivo expiatorio del imaginario nacional mexicano. Este es precisamente el punto: Paz demuestra el papel que la Malinche desempeña en una construcción cultural, es decir, el autor nos ofrece no su propia interpretación del personaje histórico, sino su interpretación de la interpretación que circula en la cultura de su tiempo. En este sentido, el papel de la Malinche en *El laberinto de la soledad* es parecido al lugar que ocupan algunas de las figuras míticas (o, si se prefiere, estereotípicas) que analiza De Beauvoir en *Le deuxième sexe*, como la madre, la prostituta y la mística.

Cuando Paz define a los mexicanos como “hijos de la Malinche”, los concibe no como los hijos de una madre real, sino como hijos de alguien a quien ellos mismos han atribuido el papel de madre simbólica, es decir, en el fondo, como hijos de una fantasía. El propósito del autor no es sostener o reforzar este mito, sino ayudar a disiparlo, sacándolo a la

luz. En *Posdata* (1970), Paz explica cuál era su intención al emplear el método psicoanalítico en sus lecturas de la historia mexicana. Según él, “la crítica de México y de su historia” era “una crítica que se asemeja[ba] a la terapéutica de los psicoanalistas”. ¿Qué quiere decir Paz con esto? Del mismo modo en que los psicoanalistas ayudan a sus pacientes a sacar a la luz los contenidos de su inconsciente, el intelectual al estilo de Paz busca destapar el inconsciente de la nación. En *Posdata*, ensayaba “un examen de lo que significó y significa todavía la visión azteca del mundo”. En *El laberinto de la soledad*, el enfoque se ponía en la Conquista. Pero el propósito era el mismo: desvelar los mitos colectivos que persisten en el inconsciente nacional para hacer que estos mitos se desvanezcan.

La sección sobre el amor en el “Apéndice” de *El laberinto de la soledad* concluye con el mismo tono melancólico con el que había empezado. “Nuestra vida social –afirma el poeta– niega casi siempre toda posibilidad de auténtica comunión erótica.” No obstante, conjuntamente con este diagnóstico pesimista de la situación del amor en las sociedades contemporáneas, surgió en la obra de Paz una lectura mucho más optimista, incluso utópica e idealizada, de las posibilidades del amor y el erotismo en el mundo. Este tema aparece en numerosos poemas escritos en el transcurso de su larga carrera y constituye una importante veta de su obra ensayística, que culmina hacia el final de su vida con la publicación de *La llama doble. Amor y erotismo* (1993), un largo ensayo de un alcance extraordinariamente ambicioso. Además de desarrollar una investigación sobre la *experiencia* del amor, Paz repasa también la *historia* del amor en la civilización occidental, desde la Antigüedad clásica hasta nuestros días. Llama la atención el importante papel que, en esta historia, el autor le otorga a la libertad de la mujer, ahora no para denunciar que las mujeres no sean libres, sino para celebrar el importante papel que ha tenido la conquista de esta libertad en la civilización occidental.

La autonomía de la mujer es un elemento clave en la historia del amor en Occidente. De hecho, sin esa autonomía femenina, no habría una historia que relatar, es decir, no existiría el amor. Según Paz, “la emergencia del amor es inseparable de la emergencia de la mujer”, y agrega que “no hay amor sin libertad femenina”. Unas páginas después, repite la misma observación: “la historia del amor es inseparable de la historia de la libertad de la mujer”. En varios momentos del texto, Paz explica cómo el hecho de que las mujeres conquistaran una mayor libertad para sí mismas tuvo como efecto colateral el florecimiento de la experiencia del amor. En el mundo de la Antigüedad, en ciudades como Alejandría y Roma, el autor de *La llama doble* ve premoniciones de las actitudes modernas ante el amor y el erotismo. Propone que en estas ciudades se había producido una “revolución invisible” que les había dado a las mujeres un mayor poder sobre sus propias vidas. La libertad

que conquistaron las mujeres en esta época era sobre todo la libertad de elegir a quiénes amar. “Son mujeres libres –comenta Paz– porque en una medida desconocida hasta entonces tienen albedrío para aceptar o rechazar a sus amantes. Son dueñas de su cuerpo y de su alma.”

La aparición del amor cortés en la Francia del siglo XII está íntimamente conectada con una mejora en el estatus social de la mujer. Paz llama la atención sobre el modo en que las reglas del amor cortés, al situar a la mujer en una posición superior a la del hombre, que se convierte en vasallo de la mujer, trastocan la tradicional jerarquía de los sexos y prefiguran un nuevo papel para las mujeres en la sociedad. “La elevación de la mujer –comenta el autor– fue una revolución no solo en el orden ideal de las relaciones amorosas sino en el de la realidad social.” En la era moderna, lo que Paz describe como “la creciente independencia de la mujer” se vincula con el nuevo énfasis en el amor romántico como piedra angular de nuestras vidas. En resumen, Paz subraya una y otra vez la idea de que la liberación de la mujer fue una precondition para el surgimiento de cierto concepto del amor.

¿Qué concepto tiene Paz del amor? Para el poeta, hay tres elementos claves en la experiencia del amor: la unicidad de la persona amada, la noción de elección y la necesidad de la reciprocidad. Una y otra vez, el autor reitera que “el amor es una atracción hacia una persona única”. Esta noción está enraizada en la idea de la santidad de cada persona, cuyos fundamentos cristianos el propio Paz se encarga de señalar, incluso cuando no era precisamente religioso. “Cada persona –dice el poeta– es única y por esto no es un abuso de lenguaje hablar de ‘la santidad de la persona’. La expresión, por lo demás, es de origen cristiano. Sí, cada ser humano [...] encarna un misterio que no es exagerado llamar santo o sagrado.” El siguiente concepto clave es el de la elección. Aunque Paz no niega la dimensión involuntaria del amor, es decir, la idea de que se origina en torno a “un magnetismo secreto y todopoderoso”, regresa repetidamente a la noción del amor como elección libre de una persona única. Por último, tenemos el criterio de la reciprocidad: a la luz de la unicidad del individuo, incluso de su santidad, el amor no puede ser genuino si es una imposición. “La exclusividad –dice Paz– requiere la reciprocidad, el acuerdo del otro, su voluntad.”

Regresemos brevemente a Freud para destacar lo distintivo de la perspectiva de Paz sobre el tema del amor. En una sección de *La llama doble*, el autor ofrece un resumen penetrante del concepto psicoanalítico del amor. “Para Freud –constata Paz–, las pasiones son juegos de reflejos; creemos amar a x, a su cuerpo y a su alma, pero en realidad amamos a la imagen de y en x.” Lo que encontramos en Freud, agrega más adelante, es “un sexualismo fantasmal que convierte todo lo que toca en reflejo e imagen”. Paz alude en este pasaje a la afirmación de Freud de que muchos de los elementos

de la psicología del amor en los hombres adultos surgen de la necesidad de reprimir la fijación en la figura de la madre que heredan de la infancia —y a la vez darle una salida alternativa—. Según Freud, en el ámbito del amor, el objeto final que se persigue nunca es el objeto original sino un sustituto de ese objeto. El objeto original del deseo instintivo es la madre, pero este deseo debe ser reprimido. Como consecuencia, las personas sustituyen el objeto original por una serie interminable de objetos alternativos. Cuando Paz afirma que según Freud el amor es una especie de error, que adopta la forma de una identificación equivocada, está aludiendo a estas ideas. El énfasis que pone Paz en la elección, la unicidad, la libertad y la transparencia en la relación amorosa lo sitúa en el polo opuesto de Freud.

En ocasiones Paz denunciaba la forma en que la civilización occidental atrapaba a las mujeres en ciertas definiciones restrictivas de su ser mientras que, en otras, celebraba la presencia de una corriente emancipadora, dentro de esa misma civilización, que había propiciado una mayor libertad para ellas. De lo que el poeta no dudaba era que la liberación de la mujer era un movimiento de larga duración que representaba la transformación histórica más significativa de la época moderna. Veamos algunas de las declaraciones de Paz al respecto. En *Corriente alterna* (1967), el autor vinculaba el movimiento de liberación de la mujer con el movimiento juvenil de los años sesenta; declaraba que se trataba de “las dos grandes transformaciones de nuestra época”. En *El ogro filantrópico* (1979), Paz explicaba la importancia del movimiento feminista en los siguientes términos: “El movimiento de las mujeres expresa algo más profundo que una ideología —y de más alcance: quiere un cambio pero no tanto de los sistemas como de las relaciones humanas cualesquiera que sean los sistemas.” En *Tiempo nublado* (1983), el poeta reiteraba su admiración por el movimiento de emancipación de la mujer: “este movimiento comenzó mucho antes y se prolongará todavía varias décadas [...] se trata de un fenómeno que está destinado a perdurar y cambiar la historia”.

Muchos comentaristas han dudado del feminismo de Paz. No es el caso de Elena Poniatowska, quien en *Octavio Paz. Las palabras del árbol* (1998) recuerda la invitación que recibió de su amigo para colaborar en el primer número de la revista *Plural* con un texto sobre el derecho de las mujeres al aborto. “Comprobé tu interés —escribe Poniatowska, utilizando la segunda persona para dirigirse a Paz— por la suerte de las mujeres, tu feminismo que se ha acrecentado a través de los años, tu solidaridad.” Las palabras de la autora mexicana son un resonante testimonio del valioso y fascinante papel que desempeñó Paz en uno de los debates más significativos de su época. —

MAARTEN VAN DELDEN es doctor en literatura comparada por la Universidad de Columbia y autor, entre otros libros, de *Reality in movement. Octavio Paz as essayist and public intellectual* (2021), publicado por Vanderbilt University Press.

Síntesis, invención, diálogo: 40 años de *Las trampas de la fe*

por **Jorge Gutiérrez Reyna**

Me gusta pensar en Octavio Paz como una figura de síntesis. En sus ensayos, da la sensación de que el autor se ha detenido para echar un vistazo a sus espaldas y observar a la distancia; desde ese privilegiado mirador, puede reconocer patrones, ordenar, dar sentido a obras artísticas o acontecimientos históricos, que antes daban la apariencia de hallarse desarticulados. Su obra poética, me parece, procede de igual modo: en ella se cifran, maduran y se llevan a sus últimas consecuencias varias de las tentativas de la poesía moderna, sobre todo la de vanguardia. Más que inaugurar un período, la obra de Paz constituye una clausura. Ese destino lo comparte con sor Juana Inés de la Cruz, cuya obra cierra con broche de oro —oro indiano, además— ese período esplendoroso de nuestras letras que conocemos como los Siglos de Oro.

Además de cumplirse veinticinco años de la muerte de su autor, este 2023 se cumplen cuarenta de la publicación definitiva de *Sor Juana Inés de la Cruz o Las trampas de la fe*, cuya primera edición vio la luz en 1982; la segunda y la tercera —la última— se publicaron un año después.¹ Este libro no escapa a la caracterización de la obra de Paz que he propuesto líneas arriba: es la síntesis de una serie de afanes que, a lo largo del siglo xx, buscó mirar desde un ángulo distinto al de la centuria anterior o al de la ideología posrevolucionaria a la Nueva España, período que ha sido, como dice el propio Paz en *Las trampas*, uno de los más “tachados, borroñeados y enmendados” de nuestra historia.²

Estudiosos como Edmundo O’Gorman, Robert Ricard o Francisco de la Maza, por mencionar algunos, se acercaron desprejuiciadamente, por primera vez, a la época novohispana y buscaron integrarla, con sus terrores, pero

1 Habría que considerar, por cierto, la pertinencia de realizar una edición crítica que nos permita identificar los cambios existentes entre la primera edición y las ediciones subsecuentes, así como estudiar la naturaleza y las razones de dichos cambios.

2 Cito siempre *Las trampas de la fe* por su tercera edición (Ciudad de México, Fondo de Cultura Económica, 1983). *Op. cit.*, p. 23.

también con sus indudables virtudes en todos los órdenes de la cultura, a la historia de México. El libro de Paz, biografía tanto de sor Juana como del mundo en el que ella vivió y escribió, parte de esta revalorización y reapropiación, y nos ofrece una primera revisión, que pretende ser integral, de nuestro pasado novohispano, ya desprovista de la ciega inquina que acompañó el acercamiento al período en otros tiempos. Esa revisión se integró, a su vez, en el sistema de pensamiento del propio Paz, para quien los tres períodos históricos de México —el prehispánico, el virreinal, el moderno— se yuxtaponen el uno sobre el otro; sin embargo, “las rupturas no niegan una continuidad secreta, persistente”.³ La idea encuentra paralelo en otro de sus planteamientos fundamentales, el de la tradición de la ruptura: al igual que las fuerzas que pugnan dentro de la poesía moderna en Occidente, los períodos de nuestra historia encuentran en la ruptura su unidad.

La restitución de la figura de sor Juana en el panorama cultural mexicano coincide con la restitución de la época en la que le tocó vivir. *Las trampas de la fe* es resultado de una cadena de sorjuanistas que, desde finales de la década de los veinte del siglo pasado, habían contribuido a enriquecer el conocimiento sobre la Décima Musa y a nutrir el comentario crítico de su obra. En el prólogo, Paz reconoce su deuda con Dorothy Schons, Ermilo Abreu Gómez, Georgina Sabat de Rivers... La deuda mayor, sin embargo, es con un estudioso en particular, el responsable de las *Obras completas*, editadas entre 1951 y 1957 por el FCE: “sin las versiones depuradas de los textos que nos ha dado Méndez Plancarte, sin sus notas a un tiempo eruditas e inteligentes, sin su saber y sensibilidad, yo no habría podido escribir estas páginas”.⁴ La presencia de sor Juana fue recurrente a lo largo de la vida de Paz, al menos desde los años treinta, cuando la leyó por primera vez, en la época preparatoria de San Ildefonso, pero hubo que esperar al atardecer del siglo xx para que percibiera que recaía en él la labor de concertar y afinar al coro de los sorjuanistas modernos que lo antecedieron. El resultado fue una integración, no solo coherente, sino original, de esa pluralidad.

•
Y diversa de mí misma...

Es imposible ofrecer un perfil “objetivo”, vamos a decirlo así, de la figura histórica de Juana Inés. Son escasos, por un lado, los documentos con los que contamos para trazar su trayectoria vital por el mundo —alguna acta, un par de cartas—; por otro, dado que se trata de una figura que ha despertado a lo largo de los siglos intereses y opiniones

³ *Ibid.*, p. 26.

⁴ *Ibid.*, p. 365.

encendidas, y en la cual las generaciones de este país han depositado sus mayores inquietudes y pasiones, es imposible separar ya a sor Juana de su proyección imaginaria, de su invención, mejor dicho: de sus invenciones. Porque hay tantas versiones de sor Juana como estudiosos se han acercado a ella: ha sido la amante desairada de los románticos, la feminista *avant la lettre*, la lesbiana beligerante, la fervorosa mística. La de Alfonso Méndez Plancarte, por ejemplo, según advierte Paz, es “una sor Juana ñoña: incienso, agua bendita, ramos de azahar y, debajo del catre, uno o dos cilicios”.⁵

La versión que nos atrae actualmente, aséptica y escéptica, sustentada en el dato duro del archivo, me temo, es una más de las versiones de sor Juana que quizá, con el tiempo, revelará más de nosotros que de ella misma. No es posible, insisto, acercarse ya a ella sin que ese palimpsesto se interponga entre nuestro presente y el suyo. Creo que pocas figuras de nuestra historia admiten tantas y tan divergentes lecturas: la Décima Musa —tal como ella lo anticipó— está condenada a perdurar en la diversidad de sí misma.

La sor Juana de Octavio Paz es, como ya dije, sumamente original. Podríamos decir que el personaje tiene dos dimensiones fundamentales: una política y otra a la que podríamos tildar de psíquica. *Las trampas de la fe* es un libro que depende en gran medida del desencanto gradual de su autor con el régimen soviético, tal como ha indicado Enrico Mario Santí. David Rousset publicó en 1949, en París, un informe en donde denunciaba la existencia de campos de concentración en la Unión Soviética. La ortodoxia estalinista entabló una querrela legal y la publicación fue encontrada culpable de difamación pública. Un año después, Octavio Paz pone el punto final a su artículo “Sor Juana Inés de la Cruz”, publicado en la revista *Sur*. Hay allí una especial atención a los años finales de la monja: para el poeta es claro que, al igual que los que a él le toca vivir, los tiempos de sor Juana eran tan convulsos que exigían de ella su renuncia y su silencio. En 1971, Heberto Padilla fue acusado de haber cometido supuestos crímenes contrarrevolucionarios. El gobierno de Castro lo obligó a declararse culpable. La humillante autoacusación debió recordarle a Paz aquellas terribles palabras escritas por sor Juana al final de sus días: “yo, la peor del mundo”. Ese mismo año —y ello no es una simple coincidencia—, Paz dicta en Harvard un curso sobre la monja de México.

La asociación de sor Juana con los intelectuales perseguidos del siglo xx, vueltos acusadores de sí mismos y víctimas de una ortodoxia a la que habían servido toda su vida, es la que da título a *Las trampas de la fe*: “La semejanza entre los años finales de sor Juana y estos casos contemporáneos me hizo escoger como subtítulo de mi libro el de la sección

⁵ *Ibid.*, pp. 366-367.

última... Confieso que esta frase no se aplica a toda la vida de sor Juana y que tampoco define el carácter de su obra.”⁶

Le doy la razón: el título, aunque sin duda atractivo, es no solo inaplicable a la mayor parte del libro, sino injusto con todas sus secciones que no son la sexta y última. Esta dimensión política del personaje de Paz es, sin duda, lo que peor ha envejecido de *Las trampas*, por el poco fervor con el que hoy discutimos sobre los crímenes en el interior de la Unión Soviética y también por lo forzado que resulta el parangón. Se puede —y se debe— uno acercarse al volumen sabiendo que, a pesar de su título, los contenidos de la última parte ni pesan más que el resto ni determinan su lectura.

Algo más interesante es la faceta psíquica de la sor Juana de Octavio Paz. Si una biografía es, en cierta forma, la historia del cumplimiento de un destino, el destino del personaje que se perfila en *Las trampas* es, sin duda, la soledad: “es su destino: la soledad es la estrella —el signo, el sino— que guía sus pasos”.⁷ Todos los acontecimientos en la vida de la sor Juana de Paz, desde su más temprana infancia hasta los últimos años, pasando por la creación de sus poemas y las decisiones tomadas a lo largo de su vida, están guiados por esta estrella. Según vimos, *Las trampas de la fe* no atañe sino a los últimos años de sor Juana: *Las trampas de la soledad* habría sido un subtítulo más abarcador. Esta es una versión de sor Juana rodeada, pues, por la soledad y sus máscaras, sus trampas y sus metáforas: la escritura introspectiva, el caracol, los ecos, el espejo, los reflejos, el fantasma erótico...

Por supuesto que la soledad es en sor Juana un tema recurrente. A mí siempre me ha llamado la atención, por ejemplo, la experiencia tan solitaria del amor que nos propone en su lírica. Esta prescinde por completo de los cuerpos —Paz habla de una “libido poderosa sin empleo”⁸—; imaginado, el ser amado es más real, más suyo: “poco importa burlar brazos y pecho / si te labra prisión mi fantasía”. Pero esta amante solitaria no solo no precisa del cuerpo del ser amado, ni aun de su correspondencia; para sor Juana, el amor verdadero es aquel que no exige ser correspondido: “Yo adoro a Lisi, pero no pretendo / que Lisi corresponda mi fineza...” Ahora bien, la faceta solitaria de sor Juana no es la única: Paz exagera, minimiza o ignora algunos rasgos de su poesía según convenga al personaje que está forjando.

Cuando se publicó *Las trampas de la fe*, no faltó quien viera en esta sor Juana solitaria una proyección del propio Paz. Nótese lo siguiente: contamos con apenas dos o tres anécdotas sueltas sobre la infancia de sor Juana; a pesar de ello, Paz dedica a esta etapa de su vida dos capítulos enteros. Allí, habla de la solitaria sor Juana como de “una planta

que crece en tierra de nadie”.⁹ La misma imagen la usa para describir su propio crecimiento en *Pasado en claro*, poema autobiográfico: “Mientras la casa se desmoronaba / yo crecía. Fui (soy) yerba, maleza / entre escombros anónimos.” Margo Glantz fue contundente cuando dijo, a propósito de su traducción al inglés en 1993, que “con su libro, Paz ha consumado un acto de antropofagia literaria” (la traducción es mía). O sea, Paz “se comió a sor Juana”, habla de sí mismo a través de la monja (existe una caricatura, simpática y reveladora, de Gonzalo Rocha, en que puede verse a Octavio Paz investido con el hábito blanco y negro de la Orden de San Jerónimo).

A cuarenta años de distancia, más que discutir con un Paz que ya no se puede defender acerca de la validez de su hipótesis sobre los años finales o sobre la pertinencia del personaje que ha construido, creo que interesa y sería más enriquecedor comprender, en su contexto, las razones que llevaron al autor a proponer aquella hipótesis y aquel personaje. La sor Juana de *Las trampas* es una versión más de sor Juana, una que estuvo a la altura de 1983 y que se integraba, orgánicamente, dentro de la búsqueda vital e intelectual, del sistema poético y de pensamiento, de Octavio Paz.

•

De toda la vida de sor Juana, los misteriosos años finales son los que siempre me han despertado el menor interés. Desde 1668 y hasta, al menos, 1691, sor Juana escribió, publicó y tendió un transparente puente de palabras entre la soledad de su celda y la sociedad de su tiempo. De todos esos años, el período comprendido entre 1680 y 1688 fue el más fértil: al amparo y con el estímulo de María Luisa Manrique de Lara —mecenas, amiga y musa de la Décima Musa—, escribió varias de sus obras maestras, a saber, numerosos romances, sonetos y décimas memorables, *Los empeños de una casa*, *El divino Narciso*... También gracias a la virreina, sor Juana pudo convertirse en un verdadero *best seller* en Europa: la publicación en Madrid de *Inundación castálida* en 1689 desencadenó un alud de ediciones de sus obras que se extendió hasta 1725.

Más allá de la propuesta de sor Juana como una intelectual disidente y silenciada, o de la suerte de psicoanálisis de su personaje solitario, el comentario, a un tiempo sensible y erudito, a su obra literaria me parece lo más valioso y vigente del libro de Paz. Él fue uno de los primeros que, como se dice, agarró al toro por los cuernos en lo que respecta a los amorosos y apasionados versos que la monja dedicó a la condesa de Paredes, asunto que trata en dos capítulos espléndidos. Fue también pionero en abordar géneros de los que antes nadie se había preocupado, como los villancicos; con ello sentó las bases de otros trabajos, ya

⁶ *Ibid.*, p. 17.

⁷ *Ibid.*, p. 127.

⁸ *Ibid.*, p. 286.

⁹ *Ibid.*, p. 127.

más amplios al respecto, como el de Martha Lilia Tenorio. Se percató y señaló el valor de las loas, esas piezas teatrales y alegóricas que sor Juana dedicó al cumpleaños de los poderosos, y que, a pesar de lo pedestre de su asunto, están colmadas no solo de buena poesía, sino de imágenes con un gusto moderno. Hizo algunas observaciones sobre, diríamos hoy, el carácter multi- o trans- o interdisciplinario del *Neptuno alegórico*, arco triunfal que la jerónima ideó para recibir a los condes de Paredes en 1680, al que comparó con *El gran vidrio* de Marcel Duchamp. No ha dejado de ser sugerente el paralelismo entre el auto sacramental de la edad barroca y el teatro nô japonés.

En este campo, incluso los errores suelen ser afortunados y fértiles. Pienso en el caso del muy polémico capítulo de Paz sobre *Primero sueño*. Me parece que acierta cuando destaca que este viaje de anátesis del alma es único en la tradición que lo antecede, ya que se hace en solitario, sin guía, y culmina en una no revelación: la adquisición de conocimiento, aun del más insignificante, es imposible para la limitada capacidad del entendimiento humano. Acierta también al señalar que el *Sueño* encuentra sus verdaderos interlocutores en poemas filosóficos de la edad moderna como *Altazor*, *Muerte sin fin* o *El cementerio marino*. Yerra, sin embargo, al caracterizar exageradamente el poema como un viaje cósmico, como “una peregrinación de su alma por las esferas supralunares”.¹⁰ Las ganas de llevar la contra son sin duda una gran motivación para decidirse a escribir un texto. Antonio Alatorre se dedicó, en varios magníficos trabajos —destaco *El heliocentrismo en el mundo de habla española*—, a desmentir la idea del *Sueño* como un viaje astral. Hay que agradecer, en buena medida, estos trabajos a las ganas de Alatorre de polemizar con los errores de *Las trampas de la fe*.

A mí, entre otras cosas, la lectura de *Las trampas de la fe* me ha permitido ser testigo de un diálogo que, a pesar de los siglos, entablan mis dos poetas predilectos. Muchas veces, cuando Paz comenta un verso que le gusta o le parece notable en sor Juana, revela asimismo el influjo de esta sobre su propia poesía. En un villancico dedicado a santa Catarina, sor Juana engarza unos preciosos endecasílabos cuatrimembres: la santa de Alejandría es más lozana “que Abigail, Raquel, Esther, Susana”; posee más virtudes que las “de Débora, Jael, Judith, Rebeca”... Me inclino a pensar que Paz los emuló conscientemente en este verso que engalana *Piedra de Sol*: “Laura, Isabel, Perséfone, María...” Sorprende la modernidad de estos versos en otro villancico de la Musa Décima, a la Inmaculada Concepción: “¡Un instante me escuchen, / que cantar quiero / un Instante que estuvo / fuera del tiempo!”; así como la afinidad de estos con pasajes del nobel como el que sigue: “Una casa un jardín, / no son lugares: / giran, van y vienen.

/ Sus apariciones / abren el espacio, / otro espacio, / otro tiempo en el tiempo.”

Además del jardín hay otro espacio privilegiado en la poesía de Octavio Paz: el firmamento donde navegan los cuerpos luminosos de los astros. Por eso la quinta *Loa a los años del rey* es una de sus favoritas. En ella, sor Juana despliega un coloquio luminoso de planetas que, orquestado por el Sol, rinde homenaje a Carlos II. Hay allí un pasaje magnífico en el que se habla del lenguaje de los astros: “En los dosesiete de los Orbes, / sentados en los tronos de alabastro, / períodos son de fuego sus conceptos, / cláusulas son de luces sus vocablos.” Si la lengua de las flores es su olor y la de las fuentes el rumor de las aguas, los astros hablan con sílabas de lumbre. El empleo de esta imagen también está presente en la poesía de Paz: “Mira correr el río de los astros / se abrazan y separan vuelven a juntarse / hablan entre ellos un lenguaje de incendios...”

•

Al igual que la figura de sor Juana, la de Octavio Paz despierta entre nosotros acaloradas discusiones. Ante su obra, somos incapaces de permanecer indiferentes: el comentario se mueve entre el más desvergonzado panegírico y la más enérgica de las condenas. Siempre me ha parecido que es urgente y necesario un acercamiento verdaderamente crítico a su legado, uno que sopesa, detenida y sosegadamente, sus virtudes y sus debilidades, y lo ponga, de veras, en el sitio que le corresponde. Esa lectura, la mejor que podría hacerse de su obra, aún está, en buena medida, por hacerse.

En medio de la cultura de la cancelación y de la febril reescritura del canon literario, cada vez me cuesta más trabajo inducir a los más jóvenes a la lectura de nuestro crítico y poeta. Es lamentable: creo que, a pesar de sus evidentes defectos, *Las trampas de la fe* sigue siendo el más completo y estimulante ensayo sobre sor Juana y su tiempo. Sin su lectura, hace ya varios años, que realicé con el entusiasmo con que leería la novela más emocionante, yo no me habría dedicado al estudio de la monja. He dicho antes que el libro es una síntesis; habría que añadir que es también una bisagra entre el sorjuanismo del siglo pasado y el del XXI: ya sea para intentar enmendar sus desaciertos o para prolongar sus hallazgos, mantengamos con *Las trampas de la fe*, con su autor, el diálogo abierto. —

Ciudad de México,
28 de febrero de 2023

JORGE GUTIÉRREZ REYNA es poeta, académico e investigador. En 2016 obtuvo el Premio Ciudad y Naturaleza José Emilio Pacheco por su poemario *El otro nombre de los árboles* (Editorial UdG, 2018).

¹⁰ *Ibid.*, p. 472.